



De Pintura mal escrita mi memoria

JUAN ROMERO VINUEZA

Velas energía estática, Federico Gonzenbach (Guayaquil, 1956) Variación respecto del El barco de los esqueletos de Óscar Barrientos Bradasie

Los barcos fantasmas existen. No solo en la mente de alcohólicos delirantes. Existen porque el viento debe llevar las noticias extinguidas a puertos seguros. A receptores más dignos, modernos y azules. Nunca fotos sin personas.

Mi abuelo no pudo ser náufrago porque no creía que los barcos fueran verdaderos medios de transporte.

Mi abuelo jamás se subió a un barco, ni a un avión, mucho menos a un cohete espacial.

Mi abuelo viajaba en mulas, en carretas, en trenes. Era un anciano huyendo de una guerra perdida.

Los barcos fantasmas llegan a puertos sin nombre, al sur de Argentina o al norte de Inglaterra.

Barcos con una tripulación de muertos. Varios costales de huesos con los que se podrían decorar los patios de las casonas coloniales de Sudamérica.

Esqueletos que dirigen un navío sin destino, un viento que ya no tiene miedo, una razón menos para creer en una sola muerte.

Mi abuelo llegó hasta una cierta edad. Nunca se subió a un barco. No pensó que los barcos fantasmas podrían existir, porque no creía en los barcos ni en los fantasmas.

Mi abuelo murió de un derrame cerebral mientras operaba a alguien en su consultorio. Ese alguien también murió, en medio de la operación.

Los barcos fantasmas existen. Al igual que los muertos que los tripulan. La memoria existe, detrás de las fotos de los muertos. El barco Malborough se estancó unos días en las playas de Punta Arenas, Chile. El Malborough se marchó sin que nadie se diera cuenta. Ahora, tal vez, haya encallado en otro puerto con menor importancia.

Mi abuelo, en cambio, murió sin dejar más noticia que una llamada a mi padre para recordarle que debía comprar el pan con Coca-Cola para la noche. Ese día verían *Titanic*, una linda historia de amor, donde un navío se estrella, en la mitad de la nada, y desaparece.

Mi padre espera en la sala de estar. Está dormido, con los dedos aferrados a una funda llena de pan mohoso, y una Coca-Cola de tres litros intacta.

Los barcos fantasmas existen. Incluso, fuera de estos poemas. Están tripulados por un ejército de cadáveres que ni siquiera conocen mi nombre. Y que, probablemente, no les interesaría saberlo.

Caracteres de miseria en el V piso, Luigi Stornaiolo (1956) ~~Variación respecto de Mariel y el Capitán de Sui Géneris~~

Vivir en un edificio es complejo.
Más, si vives en el último piso.
Más, si debes subir en ascensor.
Más, si le temes a la caída.

La convivencia con los vecinos
de los pisos inferiores es sencilla.
Golpeteos con la escoba en el techo.
Peleas maritales. Gritos de bebés. Gatos
o perros pidiendo comida a las 3am.

42 Mi defensa es más austera todavía.
Levantarme temprano y leer noticias.
Caminar sin zapatos para no hacer ruido.
Echar agua a mis macetas, esperando que
la tierra mojada se desparrame por sus
ventanas. Si están abiertas, mejor.

La vida desde el quinto piso
solo existe en la observación.
Abajo, gente pequeña camina
hacia su destino. Las luces alumbran
la fría noche andina. Un ruido blanco
de autos que no diferencio a la distancia.

Las fiestas desde el quinto piso
solo existen gracias al riesgo.
Abajo, el pavimento a la espera.
La música muy alta molestando
a los vecinos. Los parlantes sugiriendo
que algo podría caer en cualquier momento.

Los vecinos que no viven en el quinto piso
solo existen para incomodar. Siempre es
mejor vivir en el último nivel. Nadie pisará
tu cabeza. Salvo que quieran colgar la ropa
en la terraza o dar un salto para investigar
cómo funciona la gravedad a 2885 msnm.

Para qué tener vecinos
si podemos tener ventanas.
Para qué tener ventanas
si podemos tener un par de piernas.
Para qué tener un par de piernas
si podemos tener ascensores.
Para qué tener ascensores
si no le tememos a la caída.

Para qué vivir en el quinto piso
si la vista desde la terraza es aún mejor.



El toro y el cóndor, Estuardo Maldonado (Pintag, 1928)
La memoria tropieza con la leyenda urbana de
La casa 1028 del Centro de Quito a Patricia Vinueza

Obviamente, en este poema hay una niña.
La niña no es hija única, pero sí es la única hija.
Tiene una muñeca que más bien es un muñeco.
Su nombre es Andrew, pero se pronuncia Andriú.

La muñeca de la niña no tiene ropa, ni tampoco sexo. Eso sí, está desnuda ante los ojos de dios.
No tiene vergüenza alguna porque fue creada por el hombre. O, más bien, por algún niño asiático en condiciones de esclavitud posmoderna.

Al padre de la niña no le importa esto.
O quizás, simplemente, no lo sabe.

44 Lleva a su hijita a las corridas de toros,
los domingos por la tarde, junto con sus cuatro hermanos. Todos se aburren.

La niña veía a los toros y a los toreros.
Se preguntaba sobre su particular vestimenta.
Esbeltos y con el traje pegado al cuerpo,
realizando ademanes femeninos dentro de lo que su masculinidad les permitiese.

Siempre llevaba a su muñeco a las corridas.
Andriú era el mejor amigo de la niña.
Andriú era la mejor amiga de la niña.
Sus padres querían que le cambiara de nombre a uno, quizás, más adecuado. Algo así como Josefina o Francisca o, mejor aún, Aurora.

No conforme con dicha imposición, la niña pensó que lo mejor para su muñeca sería la muerte.

No conforme con dicha imposición, la niña pensó en deshacerse de su mejor amigo y lo aventó a la arena. Por error, el toro lo embistió y su cuerno perforó el ojo del juguete.

Muñeca-muñeco sin ojos.

Muñeca Edipo.

Muñeco Edipa.

Juguete desnudo ante los ojos
desnudos de algún dios.

En este poema la niña no se llama Aurora y su muñeca tampoco. En este poema la niña no muere embestida por un toro, ni nadie se desangra. En este poema, por el contrario, se demuestra que los juguetes no se parecen a sus dueños. Y que tampoco pueden morir si un cuerno les atraviesa el cráneo.

*** Textos tomados de *Pintura mal escrita mi memoria* (inédito)

